

Fragmento

La risa os hará libres

Dani Mateo



Planeta

Oración de gratitud a los capullos

Ya. Ya sé que en ocasiones no resulta fácil tomarse las cosas con humor porque el mundo está lleno de capullos, y los capullos pueden ser muy irritantes. Además, los hay de todos los colores y procedencias. No vayas a caer en el error de creer que los capullos solo conducen deportivos descapotables y compran botellas de champán más caras que una tele de plasma; también los hay que usan el bonobús y se atiborran de vino de tetrabrik. Los gilipollas son como los virus o los vigilantes de la ORA: están por todas partes. Y tanto los de una clase como los de la otra son expertos en provocarnos frustraciones y dolores de cabeza. Nuestra misión es impedir que su estupidez nos afecte. Por eso, para comenzar este libro, quiero dedicarles esta oración de gratitud.

En mi continua búsqueda de la felicidad, he leído un estudio que asegura que esperar largas colas te convierte en mejor persona. Creo que lo han elaborado los mismos investigadores que afirmaron que «el trabajo dignifica», «a quien madruga, Dios le ayuda» o que «Dios aprieta, pero no ahoga». Se hacen llamar Centro de Investigaciones Sociológicas «No Te Nos Vengas Abajo Que Aún Podría Ser Peor».

En cualquier caso, no deja de ser una buena noticia saber que cultivar la paciencia contribuye a que seas mejor persona porque, como ciudadanos españoles, eso nos convierte en santos vivientes y votantes. Con la de cabronadas que llevamos

soportando de nuestros políticos y autoridades varias, lo raro es que no nos hayan salido alas y un aro de luz en la cabeza. Aunque mejor no mentemos a la bicha, no vaya a ser que nos aparezca el arito y nos claven un impuesto por autoconsumo energético.

—¿Ese aro está homologado?

—No sé. Por Dios, supongo...

—No me suena esa compañía. Le voy a tener que poner una «recetita», amigo.

—Por Dios...

—¡Exacto!

Yo estoy bastante de acuerdo con este estudio sobre la paciencia. Creo sinceramente que hacer cola nos convierte en mejores personas. Porque, si no es así, explicadme por qué no hay más muertos en los supermercados.

Llegas a la caja, agotado y cabreado porque tu chica te ha dado una interminable lista de seis productos y entonces... aparece esa señora mayor fingiendo una cojera y ocultando su identidad bajo una bolsa de plástico que lleva puesta en la cabeza. Tú te confías, viendo sus torpes andares, y entonces algo se dispara en el cuadro de mandos de la vieja, te hace el interior y se te cuele como Fernando Alonso al final de la recta de salida.

¿Puede explicarme alguien cómo consigues entonces reprimir las ganas de cogerla por los pies, abrir una lata de fabada, vaciarla en la bolsa y atársela al cuello?

Sería muy fácil. Tú eres un macho joven y enajenado y ella, una pobre mujer que apenas levanta un palmo del suelo. Colándose sin permiso, prácticamente se ha suicidado. Sería realmente fácil acabar con ella.

Bastaría una sola mano, porque todos sabemos que, con la osteoporosis, las abuelas menguan. Si les metieras un poco de aire por el culo, podrías jugar con ellas como si fuesen un globo.

Pues te diré por qué logramos reprimir al salvaje que todos llevamos dentro: gracias a la acción sedante de la cola que hemos hecho. Cuanto más tiempo de tu vida has desperdiciado, mejor te sientes... Y más abuelas caraduras sobreviven.

Esos momentos en que te enfrentas a la frustración y la impotencia son los que te hacen trascender tu condición de hombre y te acercan a Dios.

Por eso, yo os aconsejo que reviséis vuestra biografía y deis las gracias a todos los capullos que os jodieron la vida en algún momento. Porque, aunque no fuera su propósito, os ayudaron a ser mejores personas.

Esa chica que os llevó al rincón más oscuro de la discoteca y os comió la oreja después de que le pagarais todas las copas que su diminuto cuerpo pudo ingerir y que, justo cuando llegasteis al portal de su casa y empezasteis a deslizar la mano bajo su falda, os dijo:

—Perdona, pero creo que te equivocas...

¡A ese ZORRÓN CÓSMICO... dadle las gracias!

Ese chico que os convenció de que erais la mujer de su vida, os regalaba flores y os escribía de su puño y letra poemas de amor que se bajaba del Rincón del Vago, hasta que le dejasteis los apuntes, aprobó la carrera y se enrolló con su prima la del pueblo.

¡A ese CAPULLO INGRATO... dadle las gracias!

A ese amigo o amiga del alma que os aconsejó que dejarais a vuestra novia o novio porque tener pareja era lo peor del mundo y os soltó ese rollo de que había que vivir la vida a tope y ser libre, y bla, bla, bla... Ese memo que os hizo tatuaros *Carpe Diem* en la nuca y que, en cuanto dejasteis a vuestra media naranja, se enrolló con ella y le sacó todo el zumo para después, encima, haceros *unfollow* en Twitter y dejar de cuidar vuestro acuario en Facebook.

¡A esa MIERDA ANDANTE... perdonadla!

Porque el perdón —con *r*, no con *n*— y la paciencia os hacen mejores personas.

Y como decía mi abuela y ahora corroboran varios expertos sesudos:

—Bastante tienen ellos con lo que tienen...

Capitalismo con rostro humano

El siguiente monólogo se me ocurrió cuando leí una noticia curiosa: un empleado de banco había cometido un error en una transferencia (sí, vale, un descuido de 222 millones de euros). Por supuesto, el banco se salvó de perder su dinero porque los bancos... siempre se salvan.

Últimamente se habla mucho del capitalismo con rostro humano. No en *Gran Hermano* ni en *Granjero busca esposa*, pero en otros foros menos elevados sí que se comenta el asunto...

Existe un debate entre los que creen que es posible un sistema capitalista sujeto a una serie de medidas legales que permitan la prosperidad de los países en los que este funcione y aquellos que creen que el capitalismo solo tiene una cara: la más salvaje, que es la que todos conocemos. Un sistema que, en busca del máximo beneficio, fabrica productos en países del tercer mundo para vendérselos a jeques de Qatar mientras, al resto, se la sopla muchísimo.

La verdad es que, viendo cómo funciona el mundo, uno llega a pensar que creer en un capitalismo con rostro humano es un tanto utópico. Una idea de perroflauta entrado en años al que lo de salir a quemar contenedores ya se le hace un poco cuesta arriba. Puede ser pereza, no digo que no... La revolución es muy romántica, pero un lunes por la mañana, recién levantado, ponerte a levantar barricadas y a preparar cócteles molotov apetece poco. Seguro que más de un revolucionario ha ido

a su escondrijo con la legaña pegada y ha acabado echándose gasolina en la taza del café.

Una taza con la A de anarquía, por supuesto...

Pensad en cómo debe ser un lunes por la mañana en la oficina de unos revolucionarios... Es bastante gracioso. Porque sí, los primeros días todo es fuego y destrucción, pero a las dos semanas ya se ha convertido en rutina. Me los imagino llegando media hora tarde a la oficina anarquista... Muy anarquista tampoco será si tiene horarios. Y lo peor, tonteando con el Facebook.

—Número Dos, ¿has hackeado ya la web del Servicio de Inteligencia?

—Sí... Ahora voy. Espera que acabo de etiquetar una foto que me hice ayer con mi cuñado quemando un cajero.

—¡Joder, esto no es serio! Pásame la taza de *V de Vendetta* que voy a por café, pero cuando vuelva nos ponemos ya de una vez, ¿eh? ¿Número Dos? ¿Número Dos...? ¿Antonio!

—Que ya te he oído, es que me ha solicitado amistad un compañero del colegio...

—¿¿¿Pero has puesto datos personales en Facebook!?!?

Sin embargo, yo sí quiero soñar con que podemos construir un capitalismo con rostro humano, es decir, que permita la vida humana sobre el planeta. ¿No es mucho pedir, no?

Entre otras cosas porque ya ha existido. No porque el capitalismo quisiera, claro, pero cuando los rusos lo tenían acojonado a base de armas nucleares y desfiles comunistas, el capitalismo se cuidaba muy mucho de cabrear al personal, no fuera a pasarse al otro bando.

Pero con la caída del Muro de Berlín, el capitalismo se soltó la melena. Y ahora toca volver a hacerle la coleta.

¿Cómo? Pues eso ya no lo sé. La pregunta de nuestro tiempo es: ¿quién le pone el cascabel al gato? Esa y la de si, en televisión, eran necesarios dos programas de famosos saltando desde un trampolín.

Pero está claro que algo hay que hacer, porque el capitalismo es una máquina perfecta y nosotros, no. O sea que, si lo dejamos a su aire, tenemos todas las de perder. Y la prueba está en la noticia que he leído esta mañana: «Un empleado de banca se duerme sobre el teclado y transfiere 222 millones por error».

Decidme si este no es un claro ejemplo del rostro humano del capitalismo.

«Durante su jornada laboral sintió sueño y, al dormirse sobre su propio teclado, convirtió lo que iba a ser una pequeña transferencia en una orden de traspaso de 222 millones de euros (293 millones de dólares).»

Esto, al menos, es lo que opina el tribunal que juzgó el caso. Aunque aquí hay mucho cabo suelto, porque... La verdad es que dormirse con un dedo puesto en la tecla es bastante raro. Lo normal es dormirse con la cabeza apoyada sobre el teclado, TODO el teclado. Así que ese empleado de banca tiene una cabeza enana que solo ocupa una tecla (el dosificador de caramelos Pez ocupa un par; lo acabo de comprobar), o bien apretó la del 2 con un cuerno de la frente. Y eso sí que es extraño porque, como todo el mundo sabe, los empleados de banca tienen dos.

Por suerte, el banco descubrió el error poco después y lo corrigió.

Con este ejemplo queda demostrado que no somos rivales para el sistema. Aunque intentemos rebelarnos, rápidamente corrige los fallos que afectan a su integridad. El capitalismo es como Terminator: o le obligamos a trabajar para nosotros o cualquier día nos dirá:

—*Sayonara, baby.*

Y adiós muy buenas. Nos obligará a pagar por todo, hasta por cosas como aparcar en tu propia ciudad, o vaciar los cubos de basura, o por el sol...

Oh, wait!

Humillación a la cera

La fama es una amante traicionera que te acaricia la entrepierna con dedos mentirosos. Un día te sientes el rey del mundo viajando en la proa del *Titanic* y, cinco minutos después, tu barco choca contra un iceberg en plena noche y, al igual que Leonardo Di Caprio, acabas bailando con las sirenas en el fondo del mar del Norte. ¡Y la gorda de tu novia ocupando TODA la tabla! Maldita foca desconsiderada... El siguiente monólogo, que cierra este capítulo, ilustra esta interesante reflexión.

Hay tres cosas que tengo muy claras: que el zumo de naranja por la noche sienta mal, que si mezclas Baileys con Coca-Cola se te hacen cerebritos en el estómago y que la fama es una amante caprichosa y traicionera.

Los mismos que en un momento dado te aplauden, al poco te pueden apedrear. Y eso lo saben desde Jesucristo a Anne Germain, por citar solo a dos líderes de masas.

Siempre que veo a un famoso siendo ajusticiado en la plaza pública —famosos que, en muchos casos, no me explico cómo llegaron a ser tan queridos— me acuerdo de la honda impresión que me causó la retirada de la figura de Jaime de Marichalar del Museo de Cera. Sé que de eso hace un tiempo, pero no consigo quitarme la estampa de la cabeza.

Me imaginé, por un momento, que era Don Jaime. Allí estaba yo, sentado en un sofá barato con nombre sueco, testigo mudo de mi naufragio, con la barba mal afeitada, el pelo re-

vuelto, una bata de andar por casa y unos pantalones cortos del Real Madrid.

Me vi bebiendo cerveza con cara de circunstancias mientras, en la tele, unos operarios sin rancio abolengo sacaban del museo la figura del que un día fue (o aún es, qué más da eso ya) duque de Lugo y yerno del rey de España: yo.

Y mientras la gente en la calle hacía corro y los presentadores reprimían la risa, presenciaba mi propio entierro social pensando que, no hacía tanto, paseaba por esa misma calle en loor de multitudes.

Lo peor no es que lo retiren a uno del Museo de Cera. Lo más grave es que allí, la estrella, es el Hombre Lobo. ¿Qué significa eso? ¿Que, de repente, has caído más bajo que un tío que sale por la noche a matar gallinas? Tú que, como mucho, lo más que habrás pillado alguna noche es un pollo...

El único consuelo para el duque es que, en el Museo de Cera, las estatuas se parecen tanto unas a otras que, perfectamente, Marichalar pudo pensar que estaban retirando a Michael Jackson.

No soy sospechoso de monárquico ni de «marichalarista», pero expulsar a alguien del Museo de Cera me parece mucha humillación, incluso para alguien que nunca hizo nada por estar en él.

Este monólogo tiene una continuación aún más cruel y totalmente real.

Poco después de escribirlo, hablé con el cómico Ernesto Sevilla. El mítico gañán de *La hora chanante* —y buen amigo desde hace ya diez años— me contó que, en una ocasión, fue a visitar el Museo del Ferrocarril (vete tú a saber por qué, pero viniendo de él, cualquier cosa es posible). A Ernesto le resultó familiar la cara del muñeco de cera que habían colocado como

revisor en uno de los vagones y, picado por la curiosidad, preguntó a uno de los vigilantes del museo:

—Perdone, pero... ¿el revisor no es Marichalar?

—Sí, señor —le contestó—. Cuando retiran alguna figura del Museo de Cera nos la regalan, la vestimos con un uniforme y la colocamos en la exposición.

—¡Qué fuerte!

—Eso lo dice porque aún no ha visto al maquinista.

El hombre acompañó a Ernesto hasta la cabeza del convoy y comprobó que el muñeco que habían puesto a los mandos del tren era... Sadam Hussein. #MarcaEspaña